

NAVEGACIONES, PACTOS Y COLONIZACIONES: COINCIDENCIAS ENTRE EL MEDITERRÁNEO ANTIGUO Y CANARIAS EN LOS SIGLOS XIV Y XV

Soraya Jorge Godoy

Lógicamente, cuando uno va a instalarse en los territorios de otro pueblo debe justificar su derecho a establecerse allí, más aún si en un primer momento no se trata de una invasión violenta. Este, como veremos, es un aspecto muy interesante dado que los procesos de aculturación son diferentes según se hayan desarrollado también los encuentros entre los pueblos. En los procesos de aculturación pacífica —más claros quizás en aquellas culturas de tradición comercial— la asimilación cultural se vive como algo natural y tiene un ritmo más acelerado que en aquellas en que las fuerzas de las armas provoca un rechazo al pueblo invasor. Aunque es verdad que con el tiempo la aculturación pacífica siempre se impone a través de la imitación derivada de la necesidad de integración, de las relaciones personales, etc., los procesos violentos generan también el reforzamiento de los valores culturales del pueblo sometido que ve en ello una forma de supervivencia eterna; una resistencia pasiva con la que a menudo se alían las características geográficas de un lugar. En el caso norteafricano el desierto y la montaña, pero también un modo de vida nómada o seminómada que favorece una mayor impermeabilidad frente a las influencias externas. Cuando en el antiguo Mediterráneo comenzó la etapa que llamamos “de las colonizaciones”, uno de los objetivos principales de fenicios y griegos fue el África mediterránea. La ambición principal de este enorme proceso de expansión sería económico, tanto en lo que se refiere a la búsqueda de productos como a la de tierras. La navegación mediterránea es muy antigua e inherente a la expansión de la población por todas sus orillas; la necesidad de buscar nuevos territorios en las zonas costeras llevaría a distintos grupos a aventurarse en el mar: primero hacia zonas cercanas visibles desde la costa y luego, cuando se dominase la ruta, más allá. Ir donde nadie ha ido; un nuevo territorio a explotar donde seas el primero en llegar y que te pertenezca, algo totalmente necesario en poblaciones que viven estrechamente relacionadas con el medio ambiente y en equilibrio con él. Éste bien pudiera ser el origen de la navegación. En realidad se pueden recorrer todas las orillas del Mediterráneo prácticamente a pie o ir desde Gibraltar a Vladivostok. Navegar parece más una necesidad humana que una imposición geográfica.

Se ha planteado que la etapa de las colonizaciones fue producto de la necesidad de encontrar nuevos territorios por el excedente poblacional o la limitación del terreno; más bien sería el fruto de una mala distribución de la tierra y su concentración en pocas manos. Sea lo que sea, muy pronto encontramos a estos pueblos navegando e instalándose en otras tierras muy lejanas visitadas antes, probablemente por minoicos y micénicos que abrieron rutas que los demás se encargarían de seguir, mantener y ampliar. El problema que se encontraron —a esa altura de la Historia— es que los lugares a los que se dirigían estaban ya ocupados por otros pueblos que estaban establecidos allí mucho tiempo antes de que ellos tuvieran siquiera noticia de su existencia. Nada nuevo, nada que no sea una constante en la navegación y la exploración del mar —a no ser que se llegue a una isla desierta, lejana o que no reúna las mínimas condiciones para vivir—.

La tradición nos dice que los fenicios fueron a fundar sus primeras colonias en el otro extremo del Mediterráneo. Pese a que esto no haya sido demostrado aún por la arqueología

—aunque parece que en Cádiz las fechas se atrasan poco a poco— lo que sí evidencia esta historia es que la tradición indicaba ya en la Antigüedad que el Occidente era conocido y transitado y alguien tuvo que visitarlo antes y difundir noticias sobre estas tierras. Entre la llegada y el descubrimiento de un lugar, el reconocimiento del terreno, el establecimiento de relaciones con los indígenas y la posibilidad de asentarse allí hay un largo período de tiempo —más o menos pacífico— del que no se ha librado nunca ninguna misión comercial o colonial.

Las evidencias arqueológicas señalan hacia el norte de África como el lugar de los primeros asentamientos de la colonización fenicia y griega en su ruta hacia Occidente. La historiadora inglesa Susan Raven en su libro *Roma in Africa* escribió: “Much of the history of north-west Africa is the history of the foreigners”¹ y esto es verdad para todo el norte pues, aunque en África están los orígenes de la humanidad y siempre ha estado poblada, cuando uno se enfrenta a la Historia Antigua de África del Norte se encuentra siempre con el mismo problema: parece que nadie vivía allí. Da lo mismo que hablemos de cualquiera de sus primeros visitantes —griegos, fenicios o romanos— pues solo se nombrará de pasada a los indígenas denominados, genéricamente, libios o nómadas. Aparecen como meros espectadores de lo que sucedía en sus territorios ya que en las fuentes clásicas los actores principales son otros, siempre extranjeros. Nos contaron su versión de la Historia, nos dejaron su testimonio, a menudo los datos que les favorecían y que les interesaban. La información sobre un pueblo que consideraban primitivo, conflictivo e indómito es, necesariamente, sesgada. No obstante, por algunos de los datos que nos proporcionan sabemos que su presencia en la Historia es más importante y activa de lo que se ha transmitido: desde los faraones de las dinastías libias hasta Juba II. Son la otra parte necesaria sin la cual los protagonistas famosos no tendrían papel. Algunos autores han intentado establecer lazos entre los bereberes y algunos de sus colonizadores —como los cartagineses, por ejemplo— pero también es verdad que chocan con la escasez de datos sobre la etapa anterior a su llegada en la bibliografía en general y con el poco interés que despiertan sus protagonistas frente a las grandes civilizaciones mediterráneas de la Antigüedad.²

Si bien los autores clásicos citan fechas antiguas para la colonización fenicia en Occidente (el siglo XII a. C. para Cádiz, Útica o Lixus), la arqueología sigue concediendo a Cartago una de las fechas más antiguas y la que aportó Timeo —el 814 a. C.— como la más veraz; así pues los datos arqueológicos en torno al siglo IX y al siglo VIII a. C. sitúan la colonización fenicia en primer lugar frente a la griega, al menos la de la época arcaica.

Quizás sea la mítica fundación de esta ciudad una de las más conocidas de toda la Historia. Para Sabatino Moscati, la colonización fenicia sería en un primer momento comercial, con lo que solo se interesarían por buscar puertos de escala y lugares en los que poder ejercer un comercio ventajoso. En cambio los griegos buscaban desde el principio lugares ya habitados con sus territorios circundantes, una colonización en toda regla, lo que obligaría a los fenicios a replantearse pronto su sistema.³ Bien, esto explicaría el porqué de la elección de sus emplazamientos y también nos serviría para analizar mejor qué tipo de interés podrían despertar algunos territorios para los fenicios.

El origen de Cartago estaría en la huída de Elisa, hermana de Pigmalión, rey de Tiro (cuya historia aparece recogida en los anales de esta ciudad) quien, tras una primera parada en Chipre para recoger al sacerdote de Astarté y a unas 80 doncellas que servirían como compañeras para sus prófugos, fundará la nueva ciudad. Tras seguir rumbo a Occidente llega a la costa de la actual Túnez y allí obtiene de los libios un terreno que se convertirá con el

tiempo en una de las ciudades más famosas de la Historia. La leyenda cuenta que tendría derecho a ocupar todo aquel territorio que fuese capaz de cubrir con la piel de un buey y la reina, muy sabiamente, lo dividiría en trozos muy finos que lograrían rodear un territorio considerable, la colina aún hoy en día denominada Birsa.⁴ El trato o pacto llevado a cabo por ambas partes revela una gran astucia por parte de la reina que —aunque no deja de ser un elemento tópico considerado siempre típicamente fenicio— sería normal en una situación semejante. Por otro lado nos muestra claramente que fueron a asentarse en un territorio ya habitado y organizado. El rey de los maxitanos, que se apiada de los fugitivos y que se muestra generoso con ellos —pese a que les marca unos límites, lógicamente— se encapricha con Elisa y quiere casarse con ella; esta, tras darle largas por no deshonrar la memoria de su marido, se suicida.⁵ La historia en realidad podría indicarnos la evidente posición de inseguridad que la llevaría a posponer una decisión —ventajosa para su pueblo pero no para ella— mientras daba tiempo a que la nueva fundación se consolidara. Este no sería un hecho extraño dado que sellar las alianzas a través de los matrimonios ha sido muy normal a lo largo de la Historia. El hecho de que el rey presionase muestra claramente que tenía poder real para hacerlo y que los cartagineses evitarían en un principio el enfrentamiento. La decisión desesperada de la reina al arrojarse al fuego así lo evidenciaría; una especie de callejón sin salida para ella pero que, la historia lo demuestra, no supondría el fin de la nueva ciudad.



Lámina 1: vista aérea de los puertos púnicos y la costa de Cartago a cuyas playas llegó Elisa/Dido y fundó una nueva ciudad destinada a jugar un papel importante en la Historia. Fotografía de la autora.

De la narración podríamos inferir también que los fugitivos contarían de antemano con la actitud generosa de los libios, hoy en día conocidos como bereberes. Para algunos autores, este relato tiene mucho de legendario pero, como veremos, este tipo de hechos no fueron aislados y tuvieron a los libios o bereberes como coprotagonistas de los mismos en diferentes lugares del África del Norte y, muy posteriormente, en las Islas Canarias; aunque la fundación original de Cartago no fuera Birsa, sino un islote o espolón hoy en día integrado en la nueva línea de costa tunecina,⁶ su origen sí debió de tener como punto de partida una negociación más o menos generosa que indica claramente que el terreno junto al que se asentaron no

estaba deshabitado y que sin el consentimiento de sus moradores la supervivencia de su colonia hubiera sido complicada. Aún no era la gran Cartago. Su vida, ligada al comercio, requería buenas relaciones y así debió ser al principio. Decía Serge Lancel que Cartago se situó junto a África pero volcada al exterior y viviría así en sus orígenes.⁷ Pero desde el principio debió ser constante el contacto pues les habría resultado difícil sobrevivir, ya fueran realmente prófugos o aventureros o bien una avanzadilla comercial; además, las excavaciones que se llevaron a cabo para salvar Cartago impulsadas por la UNESCO constataron la presencia de cerámicas indígenas, libias, junto a cerámica púnica, lo que evidencia contactos entre ambas poblaciones en tiempos arcaicos.⁸ El propio Lancel recoge más tarde que “Lo que denominamos civilización púnica —unas prácticas religiosas y funerarias, unas formas de vida y un artesano— nació del encuentro en tierras africanas entre un sustrato libio-bereber todavía inmerso en la protohistoria y una cultura semita ya inmersa en la historia. En cierta forma, es el producto de un injerto realizado con éxito”.⁹

La tradición de las trágicas circunstancias de la muerte de Elisa podría aludir a los complicados orígenes de la fundación de Cartago y sus relaciones, seguramente problemáticas a veces con los indígenas libios, y que se vislumbran tras las presiones del rey de los maxitanos. La posterior vocación imperialista de Cartago en África —a la que vería como su territorio natural de expansión— llevaría a una dura lucha entre ambos pueblos y a la resistencia de la población bereber a la implantación de un poder militar y de una cultura que viene de fuera y termina apoderándose de buena parte del territorio.

También en el norte de África nos encontramos a otro pueblo muy diferente que correrá una suerte similar: los griegos. Estos fundaron en la costa de la actual Libia la ciudad de Cirene, según cuenta Heródoto.¹⁰ La historia comienza con el rey Grino de Tera que llega a Delfos a hacer un sacrificio y, cuando estaba consultando el oráculo, la Pitia le indica que funde una ciudad en Libia. El rey le responde que ya era mayor y le señala a uno de sus acompañantes, Bato, pero al regresar a Tera olvidan el oráculo y una sequía afectó a la isla unos siete años. La Pitia, al volver a ser consultada, repite que debían fundar una colonia en Libia, pero ellos parece que ignoraban dónde se encontraba (cosa muy curiosa por la cercanía y los vientos y por su conocimiento de la navegación). Se dirigirán a Creta donde encontrarán a Corobio, un pescador que sabía llegar pues los vientos lo habían arrastrado allí una vez, y conducirá a los tereos a la isla de Platea frente a la costa africana quienes lo dejarán allí con provisiones y volverían a confirmar en Tera la existencia de esta isla y su colonización pues, al dejar allí a una persona, parece ser que la colonización se daba por empezada. Este dato es muy interesante para conocer mejor el sistema empleado en los inicios de la etapa de las colonizaciones. Curiosamente, cuando se le acababan las provisiones pasaron unos samios que se habían desviado de su ruta “casualmente” hacia Egipto y le dejaron víveres para un año y “casualmente también” estos samios —al mando de Colaios— posteriormente se verían arrastrados por los vientos a las lejanas tierras de Occidente y descubrirían así Tartessos, de donde volverían después cargados de plata.

Mientras tanto, los tereos volvieron con dos pentecónteras —las famosas galeras de cincuenta remeros¹¹— al mando de un tal Bato, cuyo nombre original era Aristóteles y que pasó a llamarse así porque en lengua bereber significaba rey, según nos cuenta el historiador griego. Parece ser que *bit* era el término empleado para designar al rey del Bajo Egipto, zona muy frecuentada antiguamente por los libios, y bien pudiera estar relacionado. Por otro lado, la presencia de los libios en la zona, especialmente del delta del Nilo, y en la historia del antiguo Egipto es muy larga.

La expedición habitó la isla de Platea durante dos años —lo cual puede evidenciar problemas con las poblaciones libias vecinas— y después vuelve a Delfos. Entonces la Pitia les indica que en realidad no han conocido Libia por lo que han de volver y se asentaron en la costa en la que vivirían seis años hasta que —según Heródoto— los libios les engañaron, les hicieron abandonar esta colonia —Aciris— y les trasladaron de noche al lugar que ellos les destinaron, más al interior, donde había una fuente llamada *Cire* —de ahí el nombre de Cirene—. Esta fuente estaba consagrada a una deidad libia de las aguas, muy tradicional en ellos puesto que su religión mantenía el culto a los elementos de la naturaleza, y los griegos la asimilaron al dios Apolo.

Hasta casi 60 años después de su fundación no empezarían a llegar más griegos por recomendación de un nuevo oráculo de la Pitia: “Quien a la encantadora Libia llegue demasiado tarde, distribuida ya la tierra, proclamo que un día habrá de pesarle”.¹² Esta es una estrategia fundamental para poder hacerse con el control real del territorio y comenzar a tener ventaja frente a los nativos que, hasta entonces, parecen haber llevado las riendas. La llegada masiva de extranjeros supondría para los libios un grave problema ya que recibieron graves vejaciones que indicarían que los griegos se habían hecho fuertes en la zona y el período de convivencia más o menos pacífica entre ambos se había acabado. Los griegos querían un control total sobre el territorio —como apuntara Sabatino Moscati— y los libios comprenderían demasiado tarde que no podrían librarse de ellos. Lo que había comenzado con un tiempo de tanteo, de prueba y de pequeñas concesiones con una aceptación final en territorio libio, acabó posteriormente con un deterioro de la convivencia y de la confianza mutua tras la llegada de los nuevos colonos.

Los libios piden ayuda a los egipcios que son derrotados por los griegos y estos refuerzan su poder. Una escisión de los griegos de Cirene funda a 100 km. una nueva ciudad —Barca— en un territorio habitado también por libios e incitan a estos a ir contra Cirene y su rey. Arcesilao les ataca y los libios huyen hacia oriente donde, junto a otros libios, derrotan a los cireneos. A partir de entonces las relaciones serán conflictivas y los propios griegos terminarán enfrentándose entre ellos mismos, nada extraño por otra parte.

La historia, como hemos visto, comenzó de igual manera que en Cartago: los libios acogen pacíficamente a los extranjeros —aunque con un poco de desconfianza— pero tras un breve período de tranquilidad los indígenas se revelan, a menudo violentamente, lo que tiene mucho que ver con la voracidad territorial de los nuevos colonos cuyo sistema de vida —más asentado en el territorio, más depredador— se enfrenta al modo de vida nómada —más libre— de los libios e inevitablemente chocarán. La colonización africana, tanto aquí como en otros lugares de la costa, chocaría con los indígenas libios; condicionaría sus emplazamientos y su trayectoria histórica y, aunque los nuevos colonos se impondrían a la larga por la superioridad de las armas y los desplazarían progresivamente hacia el desierto o hacia el Atlas, no puede ignorarse su presencia ni la manera en la que influyeron en la localización de algunas de las grandes ciudades de la Antigüedad, en su evolución histórica o en su desaparición (como las famosas revueltas de los mercenarios contra Cartago, por ejemplo). Pese a que muchos historiadores se empeñen en ignorarlos sistemáticamente.

Muchos siglos después, cuando los europeos comenzaron a explorar el Océano Atlántico —entre los siglos XIV y XV— se encontraron en el archipiélago canario a una población que varios autores entendieron que se trataba de la misma que desde tiempos muy antiguos habitaba el norte de África. El hecho de que los aborígenes canarios mantuvieran sus costumbres ancestrales durante más de 1.500 años ha llevado al convencimiento de que, tras

la caída del Mundo Antiguo, las Islas permanecieron olvidadas por el mundo mediterráneo; que cada uno vivió desconociendo la existencia del otro hasta los casuales descubrimientos del siglo XIV. Mucho queda por estudiar en las fuentes y en las bibliotecas árabes y mucho también en las fuentes medievales cristianas. Tanto unos como otros bebieron además en las fuentes clásicas con mayor conocimiento y con más recursos que nosotros. La permanencia en el recuerdo de unas islas en el Atlántico sería inevitable; las navegaciones de italianos, normandos, mallorquines y portugueses tuvieron que partir, necesariamente, de algunos conocimientos previos,¹³ como los que seguramente tenía Colón para emprender con tanta seguridad la gran empresa americana.

No obstante, para hablar de datos seguros tenemos que remontarnos a la llegada de los primeros exploradores medievales. Por parte europea parece ser que los primeros en pasar por las Islas serían los hermanos Vivaldi, genoveses que en 1291 partieron en una expedición al Atlántico y, como otros, no volvieron. Su rastro se perdió e impulsó a otros a ir en su búsqueda, otro genovés, en este caso Lancelotto Malocello quien estableció una torre en la isla de Lanzarote y comerció con los indígenas.¹⁴ Se sabe que convivió con ellos unos años y que fue expulsado o muerto después. Los siglos XIV y XV fueron siglos de grandes cambios en Europa; se había recuperado ya la vida urbana, la economía monetaria volvía a resurgir y el relanzamiento del comercio a larga distancia impulsaba a los europeos a buscar nuevos mercados. El avance otomano en Oriente había cerrado la ruta explorada por Marco Polo, pero las nuevas necesidades económicas hacían inevitable la apertura de nuevas rutas. Canarias estaba en su camino, su situación privilegiada, una vez se atravesaba el Estrecho de Gibraltar, marcaría su destino.



Lámina 2: costa sur de la isla de Fuerteventura. Fotografía de la autora.

Los normandos llegarían más tarde a Lanzarote y Fuerteventura primero, y a El Hierro después. Allí nos volveremos a encontrar con población bereber, antiguos libios norteafricanos, que parecen compartir con sus ancestros la mano tendida hacia el viajero que llega y al que, en un principio, se acoge amigablemente y se le brinda lo que se tiene. Les

permiten asentarse en una zona determinada del territorio y, tras un período más o menos largo, las cosas se tuercen, las intenciones reales quedan al descubierto y el trato al que son sometidos los indígenas —como en el caso de Cirene— provoca una reacción de estos que tendrá a veces un matiz trágico como es el caso de la muerte o captura de los castellanos que se habían instalado en 1461 en la Torre de Gando, en Gran Canaria, al mando de Diego García de Herrera. Pero más tarde volverán y debido a la superioridad militar de los recién llegados, a su comportamiento traidor y a menudo despiadado terminarán con las culturas aborígenes, último reducto de las antiguas culturas bereberes ya por esa época, en su mayoría, muy diluidas en la cultura árabe que se había apoderado del norte de África en el siglo VII. Aquí no tuvieron la posibilidad de huir y refugiarse en el desierto del Sáhara o en los lejanos valles del Atlas. La configuración isleña que los mantuvo tanto tiempo a salvo de invasiones terminaría provocando también su desaparición cultural.



Lámina 3: Península de Gando, en Gran Canaria, donde se construyó la torre que sirvió de avanzadilla a los castellanos. Emplazamiento sobre el que los aborígenes tenían un gran control visual y defendible para los castellanos. Fotografía de la autora.

La expedición en la que viajaba Niccoloso da Recco en 1341, narrada por Boccaccio, vio con sorpresa la buena acogida que les dispensaron en las islas que visitaron y los deseos de comerciar con ellos que mostraban los indígenas.¹⁵ El exceso de confianza en adelante les traería muchos problemas¹⁶ antes de la conquista definitiva de las Islas.

En el caso concreto de Lanzarote y Fuerteventura, la llegada de Jean de Bethencourt y de Gadifer de la Salle fue —según los cronistas que redactaron *Le Canarien*¹⁷— bien acogida en un principio por los indígenas que se fiaron de los extranjeros hasta que los enfrentamientos entre ellos y las ganas de obtener beneficios de unos y otros en unas islas con escasos recursos llevaron a los conquistadores a la captura de indígenas para su venta como esclavos y esto desencadenó el conflicto.

En el caso de Gran Canaria, los aborígenes salían en principio a ofrecerles higos y sangre de drago, lo cual demuestra que con anterioridad otras gentes codiciaban estos productos y ellos los intercambiarían por algo de su interés. La experiencia anterior de los misioneros mallorquines que habían sido aceptados en un primer momento en Gran Canaria (y posteriormente arrojados a la sima de Jinámar)¹⁸ —en un territorio que, como ocurría antiguamente en el norte de África, estaba cerca pero apartado y controlado— debió ser, lógicamente, producto de un pacto previo que acabó mal. Sin embargo, este hecho no hizo que Gadifer de la Salle renunciara a su empeño de conquistar la ambicionada isla de Gran Canaria. Supuestamente los normandos habían encontrado el testamento que tuvieron tiempo de escribir los frailes acusando a los canarios de traidores y poco fiables. Los canarios por su parte acusarían también de traidores a los frailes puesto que pensaban que ellos eran los que informaban a otros cristianos sobre ellos para que vinieran a ocupar sus tierras.¹⁹ En otras islas ocurriría más o menos lo mismo.

Quizás la buena predisposición de los aborígenes en un primer momento en el contacto con los extranjeros, fueran de la parte europea que fueran, tuviera su explicación en contactos comerciales en la etapa medieval como esa sangre de drago que ellos ofrecían —lógicamente por alguna razón—. Esos posibles contactos no habrían supuesto ningún peligro para su integridad territorial y su seguridad personal. Pero en la Baja Edad Media muchas cosas estaban cambiando en el contexto internacional. La llegada de nuevos extranjeros con claras intenciones de quedarse y de dominar el territorio y a la población haría que cada vez los aborígenes se sintieran —como una vez sus ancestros africanos— amenazados y a menudo maltratados y reaccionasen de igual forma, revelándose y sufriendo posteriormente las consecuencias. No eran tontos, venir y comerciar con ellos era una cosa pero la llegada de tropas con armamento y el interés por instalarse en su territorio era otra bien distinta.

La ambición europea va a hacer que la posesión de las Islas Canarias se convierta en un objetivo primordial. Los bereberes isleños acogen bien e ingenuamente al principio a los nuevos visitantes pero ambos terminarán chocando por el control del territorio —como ya hemos visto en otros momentos históricos—. La pugna entre ambos durará unos dos siglos pero, evidentemente, se irá imponiendo la superioridad tecnológica de los europeos que se habían visto obligados a abrir las rutas hacia el Atlántico y desde Italia, Francia, Portugal o España llegaron expediciones que verían en las Islas un bastión en su camino de exploración atlántica que les llevaría a la conquista de nuevos territorios en América, en África, en Asia y en Oceanía.

La llegada constante de nuevos contingentes marcaría el fin de un mundo que, tras la apertura de las rutas oceánicas y la consolidación de España y Portugal como las nuevas potencias navales, estaba condenado a desaparecer.

BIBLIOGRAFÍA

- ABREU GALINDO, J.: *Historia de la Conquista de las Siete Islas de Canaria*, Santa Cruz de Tenerife, [1602] 1977.
- AUBET, M^a E. (Coord.): *Los fenicios en Málaga*, Málaga, 1997.
- BISI, A. M.: “Origine e diffusione del culto cirenaico di Zeus Ammón” en BAKER, G., LLOYD, J. and REYNOLDS, J. *Cyrenaica in Antiquity*, BAR, 236, pp. 307-317, London, 1985.
- BLAS DE ROBLÉS, J. M.: *Libye, grecque, romaine et byzantine*, Aix-en-Provence, 2005.
- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M^a: *Fenicios, griegos y cartagineses en Occidente*, Madrid, 1992.
- BOCCACCIO, G.: *De Canaria y de las otras islas nuevamente halladas en el océano allende España (1341)*, Estudio crítico M. Hernández González, La Laguna, 1998.
- CIORANESCU, A.: *Le Canarien. Crónicas francesas de la conquista de Canaria*, Santa Cruz de Tenerife, 1980.
- DA AZURARA, G. E.: *Crónica del descubrimiento y conquista de Guinea (1448)*, Estudio crítico M. Hernández González, La Laguna, 1998.
- HARDEN, D.: *Los fenicios*, Barcelona, 1967.
- HERÓDOTO: *Historia*, Libros III-IV, Traducción de Carlos Schrader, Biblioteca Clásica Gredos, 21, 1979.
- MOSCATI, S.: *Cartagineses*, Madrid, 1984.
- MORALES PADRÓN, F.: *Canarias: Crónicas de su Conquista*, Las Palmas de Gran Canaria, 1993.
- RAKOB, F.: Cartago. “La topografía de la ciudad púnica: Nuevas investigaciones”, *Cuadernos de Arqueología Mediterránea*, 4, 1998, pp. 15-46.
- RAVEN, S.: *Roma in Africa*, London, 1969.
- SANTOS YAGUAS, N. y PICAZO, M.: *La colonización griega*, Madrid, 1980.
- SOREN, D.; KHADER, A. y SLIM, H.: *Carthag*, Paris, 1994.
- TEJERA GASPAR, A.: *Majos y europeos. El contacto de culturas en Lanzarote en los siglos XIV y XV (Un precedente americano)*, La Laguna, 1992.

NOTAS

- ¹ RAVEN, S.: *Roma in Africa*, 1969, p. 1.
- ² SOREN, D.; KHADER, A. y SLIM, H.: *Carthage*, 1994.
- ³ MOSCATI, S.: *Cartagineses*, 1983, pp. 44-45.
- ⁴ Nombre griego que significa “piel de buey”.
- ⁵ MOSCATI, S.: *op. cit.*, 1984.
- ⁶ RAKOB, F.: “Cartago. La topografía de la ciudad púnica. Nuevas investigaciones”, *Cuadernos de Arqueología Mediterránea*, 4, 1998, pp. 15-46.
- ⁷ LANCEL, S.: *Cartago*, 1994, p. 10.
- ⁸ RAKOB, F.: *op. cit.*, 1998, p. 26.
- ⁹ LANCEL, S.: *op. cit.*, 1994, p. 48.
- ¹⁰ Hdt., IV, 150-167.
- ¹¹ Dato confirmado por una inscripción de Tera de comienzos del siglo IV a. C. que contiene un decreto de Tera relativo a la fundación de Cirene.
- ¹² Hdt., IV, 159, 3.
- ¹³ “Dicen, pues, que, abastecidas por el rey de Portugal de todas las cosas necesarias para la tripulación y bien equipadas con florentinos, genoveses, catalanes y otros españoles, el 1º de julio del mencionado año, de la ciudad de Lisboa se hicieron a la vela dos naves, acompañadas de una gabarra, y se adentraron en alta mar llevando consigo caballos, armas y máquinas de guerra para apoderarse de ciudades y castillos; fuieron en busca de las islas que vulgarmente se dice que han sido encontradas, y a las que, con el viento a favor, llegaron todos al cabo de cinco días;” (el subrayado es nuestro) BOCCACCIO, G.: *De Canaria y de las otras islas nuevamente halladas en el océano allende España (1341)*, 1998, p. 33.
- ¹⁴ TEJERA GASPAS, A.: *Majos y europeos. El contacto de culturas en Lanzarote en los siglos XIV y XV (Un precedente americano)*, 1992.
- ¹⁵ BOCCACCIO: *op. cit.*, 1998, pp. 34-39.
- ¹⁶ DA AZURARA, G. E.: *Crónica del descubrimiento y conquista de Guinea (1448)*, 1998, pp. 48-49.
- ¹⁷ CIORANESCU, A.: *Le Canarien. Crónicas francesas de la conquista de Canarias*, 1980.
- ¹⁸ ABREU GALINDO: *Historia de la Conquista de las Siete Islas de Canaria*, 1977, p. 162.
- ¹⁹ *Ibid.*, p. 131.